

# Mariama



unión de asociaciones familiares



# Mariama

Basado en el testimonio de Ibrahim Bah y en el guion original del cortometraje “Mariama” de UNAF, escrito y dirigido por Mabel Lozano

Texto adaptado para cuento: Luisa Antolín Villota

Ilustraciones: Daniel Pérez

Diseño y maquetación: Dándole vueltas Creatividad + Diseño

Impresión: Gráficas JMG

Depósito Legal: M-33790-2017

Este cuento se ha impreso en Madrid en 2017

La Unión de Asociaciones Familiares (UNAF) es una ONG pionera y de referencia en España en la prevención e intervención contra la mutilación genital femenina, que trabaja desde el enfoque de los derechos humanos y en el marco de la lucha contra la desigualdad y la violencia de género que afectan a todas las niñas y mujeres del mundo.

Dentro de esta labor, hemos creado este cuento a partir de la historia real de Ibrahim Bah que protagoniza el cortometraje documental *Mariama*, producido por UNAF y dirigido por Mabel Lozano.

Con el deseo de que sirva como herramienta de sensibilización contra esta práctica y contribuya a su prevención y erradicación, os invitamos a su lectura.

Ascensión Iglesias Redondo  
Presidenta UNAF



Dedicatoria:

**AMADIYERO**

(gracias a todo el mundo)

Ibrahim Bah

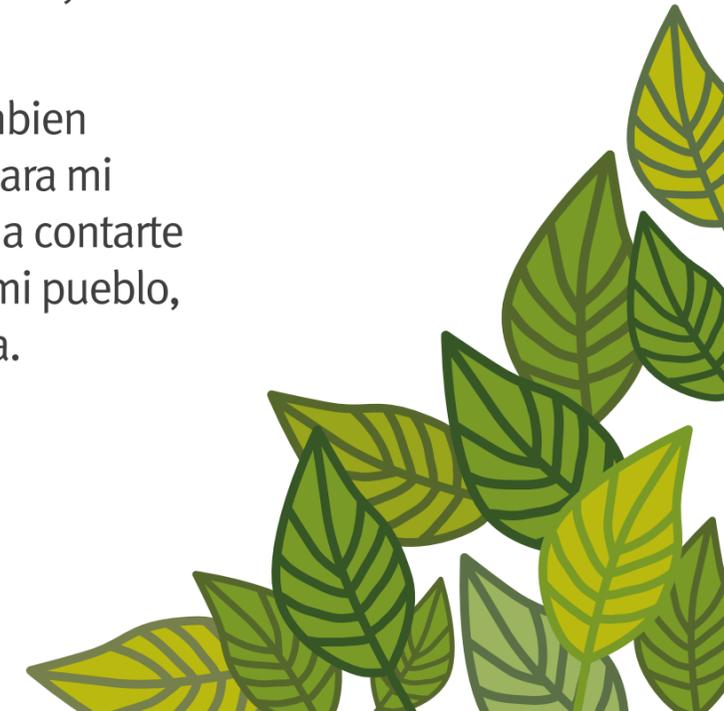
¡Hola!

Me llamo Ibrahim Bah, nací en la República de Guinea y vivo en España desde hace varios años.

Mi país está en África, es grande y hermoso, tiene mar, tiene montañas, en él se hablan más de 15 lenguas distintas... Pero también tiene cosas que no me gustan. Una de ellas es que en Guinea, como en todos los países del mundo, las mujeres tienen menos derechos que los hombres y hay costumbres y tradiciones que son muy dañinas para ellas.

Yo quiero contribuir a que las cosas cambien y construir un país y un planeta mejor, para mi familia y para toda la gente. Por eso voy a contarte una historia, la historia de las niñas de mi pueblo, la de mi hermana, la de mi hija Mariama.

¿Me acompañas?





Todo empezó el día que mi hermana Fátima desapareció.

Fátima era solo un poco más mayor que yo. Estábamos muy unidos, jugábamos juntos, íbamos a la escuela juntos, hacíamos las tareas de la casa juntos y todos los días, por la mañana ella venía a despertarme con una caricia en la frente.

Esa mañana me desperté solo, busqué a mi hermana por toda la casa y no la encontré. ¿Dónde podría estar? Estábamos en vacaciones, no era un día de mercado...



—¿Dónde está Fátima?— le pregunté a mi madre.

—Fátima se ha tenido que ir. Ahora ya es una mujer— respondió, mirándome muy seria.

“Una mujer”, pensé ¿qué habría querido decir con eso? “Una mujer, una mujer” me repetía en voz baja, sin comprenderlo...



Supé más tarde que en Guinea hay un día en el que un grupo de mujeres del pueblo se lleva a varias niñas al bosque para hacer una ceremonia que las convierte en adultas a los ojos de todo el mundo. Se hace a todas las niñas y se considera una tradición, una costumbre, que ha pasado de las abuelas a las madres, de las madres a las hijas y que los hombres sostienen y aseguran que se cumpla.



En esa ceremonia, lo que se hace a las niñas, lo que manda la costumbre, es cortar una parte de su cuerpo, de sus órganos genitales. Siempre lo hace una mujer especial, muy respetada, que lo ha aprendido de su abuela, de su madre... Es algo que hace mucho, mucho daño y deja consecuencias para la salud que duran toda la vida.



Cuando han terminado de hacérselo a todas, las niñas regresan al pueblo y se quedan a vivir juntas en casa de esa mujer, hasta que las heridas cicatricen.

¡Eso es mucho tiempo! ¡La herida puede tardar más de cuatro semanas en curar!

Yo echaba mucho de menos a mi hermana y decidí ir a esa casa para visitarla. Fátima estaba triste por el dolor, pero a la vez contenta, porque ahora ya había cumplido con la tradición, había entrado a formar parte de las mujeres de la comunidad y ya podía casarse.



Murió mi hermana Fátima con catorce años.

En mi país cuando alguien muere no se pregunta el motivo. Se considera que es voluntad de Dios. Muchas mujeres mueren en el parto a causa de la mutilación genital, pero nadie pregunta ¿Qué ha ocurrido? ¿De qué ha muerto?... A mi madre se le han muerto cinco de sus hijas y nadie se ha preguntado las razones.



La muerte de mi hermana me dejó muy triste. La echaba mucho de menos. Por las mañanas al despertarme, las canciones que cantaba de camino a la escuela, su risa, que sonaba como los pájaros al amanecer.



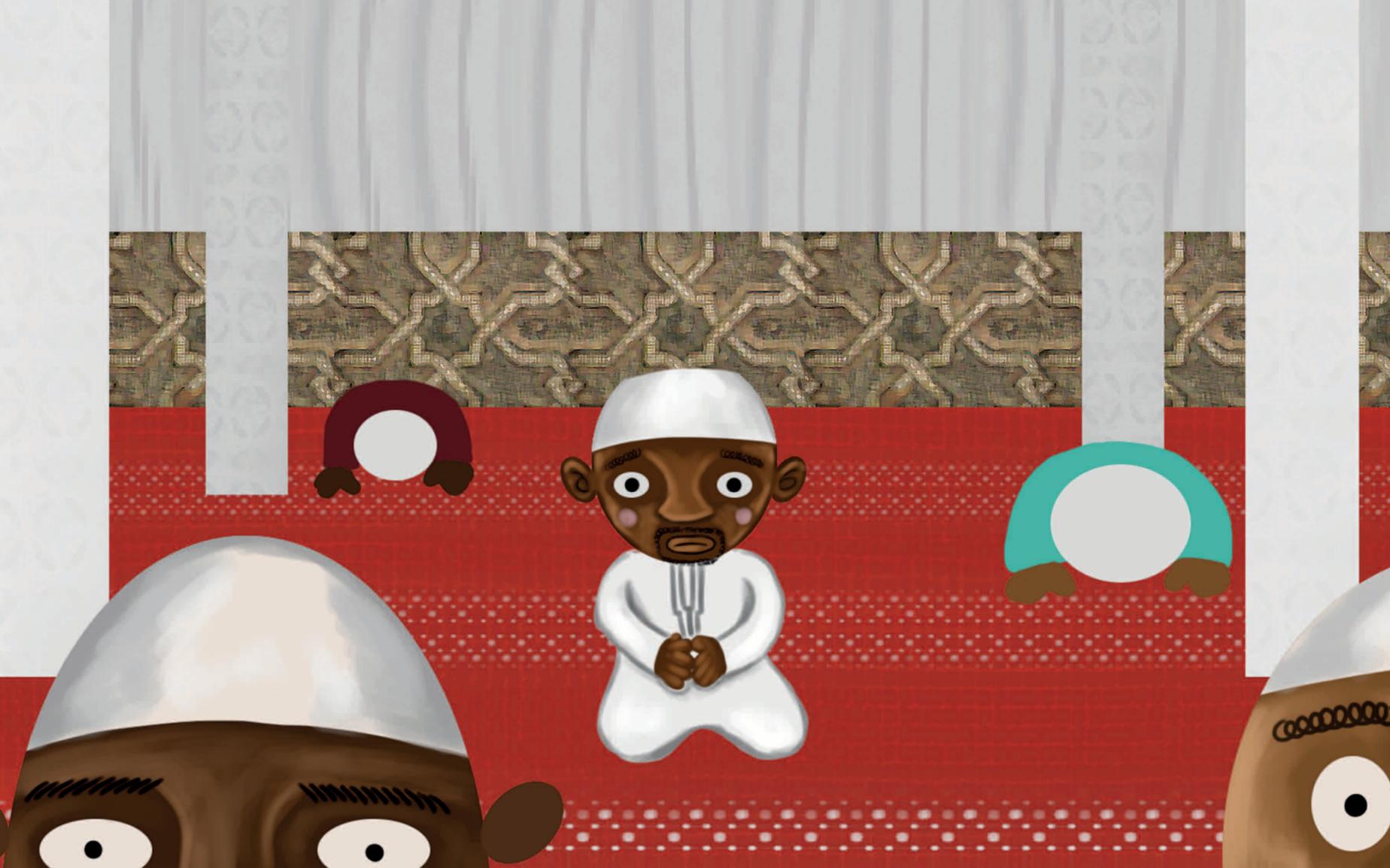
Nunca se lo dije a nadie, pero desde el principio pensé que lo que la habían hecho aquel día en el bosque, la mutilación genital, tenía que ver con su muerte. Porque desde que eso sucedió, mi hermana nunca volvió a ser la misma. Me parecía que se iba apagando, día a día, como la llama de una vela, cada vez más débil.



Cuando conocí a Aisatu, mi mujer, recuperé la alegría. Ella vivía en el pueblo de al lado. Nos presentaron en una reunión familiar. Esa tarde no dejamos de mirarnos. Luego, pasaron los días, paseamos, hablamos y nuestro amor fue creciendo. Tuvimos suerte y nuestras familias estuvieron de acuerdo con nuestra decisión de casarnos. Porque en mi país, la novia o el novio no lo decides tú, lo decide tu familia.



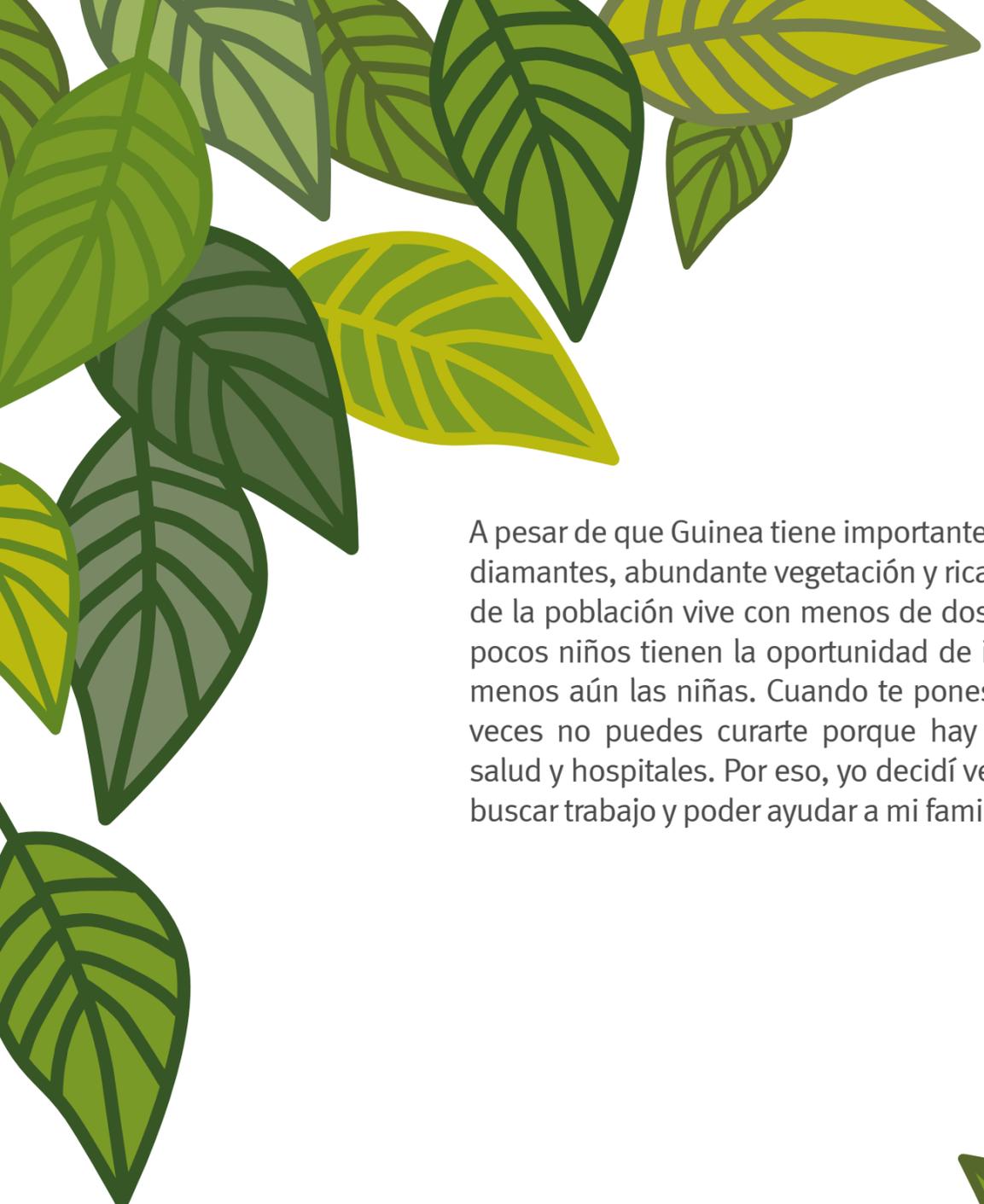
Cuando Aisatu se quedó embarazada de nuestra primera hija, me acordé de lo que le había pasado a mi hermana Fátima. Yo no quería que mi hija sufriera, que muriera. No podía permitir que le hicieran lo mismo.



Empecé a preguntar a algunos amigos ¿qué pasaría si mi hija no cumpliera la tradición del “corte”?  
—¡Ni se te ocurra amigo, tienes que hacerlo! ¡Acaso no sabes que las mujeres que no cumplen con la tradición no valen nada!  
—¡Huelen mal! ¡Son sucias! ¡Malas!— me gritaron escandalizados.



—Además, lo manda el Islam, nuestra religión— añadieron.  
—¡Eso no es cierto!— les respondí—. Yo soy un buen musulmán, respeto la ley del Islam y tengo fe, pero esta costumbre no aparece en el Corán.  
¡Los musulmanes no estamos obligados a dañar el cuerpo de nuestras hijas!



A pesar de que Guinea tiene importantes reservas de oro y diamantes, abundante vegetación y rica pesca, la mayoría de la población vive con menos de dos euros al día. Muy pocos niños tienen la oportunidad de ir a las escuelas, y menos aún las niñas. Cuando te pones enfermo muchas veces no puedes curarte porque hay pocos centros de salud y hospitales. Por eso, yo decidí venir a Europa, para buscar trabajo y poder ayudar a mi familia a vivir mejor.



Cuando llegué a España, seguía con ideas confusas sobre las mujeres que no tenían hecha la mutilación genital. Oía dentro de mí las palabras de mis amigos, lo que se decía en mi pueblo sobre esas mujeres. Sin embargo, pronto me di cuenta de que nada de eso era cierto.



Es difícil encontrar tu lugar en un país nuevo, no conoces la lengua, las costumbres, todo es distinto, los olores, los sabores, la forma de vestir, de saludarse... Yo encontré muchas personas que me ayudaron y una gran parte de ellas eran mujeres. Mujeres que me dieron la información que necesitaba, me enseñaron a comunicarme en español, me echaron una mano para encontrar casa, trabajo, para conseguir los “papeles”... Y todas ellas, eran mujeres que no habían pasado por la “ceremonia”, a las que no habían cortado parte de su cuerpo.

Entonces pensé “¡No es cierto! ¡Están equivocados! La mutilación genital no tiene nada que ver con la honestidad y la bondad de las mujeres”.



*Mi convicción era cada vez más fuerte.*

*¡Teníamos que poner fin  
a la mutilación genital de las niñas!*



La sexualidad es muy importante. Es algo con lo que nacemos todas las personas y nos acompaña el resto de la vida. Tiene que ver con nuestro cuerpo, nuestros sentimientos, nuestros deseos. Con ella nos comunicamos, nos expresamos, nos relacionamos, nos sentimos bien. O mal.



La mutilación genital quita a las mujeres el derecho a disfrutar de su sexualidad, es decir, a vivir su vida con plenitud. ¡La felicidad de las mujeres es un derecho!

Por suerte, cada vez hay más jóvenes, chicos y chicas, que están diciendo no a la mutilación genital.



Pasaban los días. Mi hija Mariama cada día estaba más cerca de la edad de la ceremonia del “corte” y yo no podía dejar de pensar en ello, de día, de noche, estaba volviéndome loco. Sabía que no quería eso para mi hija y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para evitarlo, pero también sabía que eso significaba romper con muchas cosas, desafiar algo muy grande.

Le conté a mi mujer la historia de mi hermana, lo que había aprendido de las consecuencias que tenía para la salud, para la vida. Al principio, le costó entenderlo, a ella le habían enseñado desde niña que una mujer sin mutilación genital no merecía el respeto de la gente.

El rechazo a cumplir con la costumbre de la mutilación genital se entiende como una ofensa a tu familia, a tu pueblo, a tus antepasados, a las creencias que perduran por los siglos de los siglos. Te hacen el vacío, te insultan, te critican. Pero, a pesar de todo, mi mujer y yo pronto estuvimos de acuerdo, íbamos a enfrentarnos a esta costumbre injusta. Por amor a nuestra hija.





Había muchas noches en las que no podía dormir. Me ponía a pensar que mi madre o mi tía se iban a llevar a Mariama en cualquier momento para hacerle la mutilación. Porque en Guinea, la familia del padre tiene más poder que la propia madre de la niña.





Entonces, cada vez que alguien de la familia le decía a mi mujer que era ya tiempo de hacerla “ceremonia” a Mariama, ella les convencía de que todavía era pronto, que había que esperar un poco más, y además, que había que esperar a que yo regresara a Guinea para poder hacer la celebración juntos. Porque allí ese día es muy importante, se hace una fiesta, se cantan canciones, se entregan regalos.



Empecé a buscar a alguien que me pudiera ayudar a traer a mi hija. Toqué todas las puertas: ONG, asociaciones, ayuntamientos, buscando a quién pudiera apoyarme para poder librar a Mariama de la mutilación genital.



Logré encontrar una asociación que estaba dispuesta a ayudarme. Pero no fue fácil. Pasaron semanas, meses, años... Los trámites para conseguir los “papeles” son muy complicados. Y cada día que pasaba, Mariama estaba más cerca de la fecha de la mutilación.



Por fin conseguí tener todos los documentos en regla, pero todavía faltaba el paso más difícil. Ir a buscar a Mariama a Guinea y traerla en el avión.

Llamé al consulado para pedir el visado. A pesar de que tenía todos los permisos necesarios, no podía decirles que la iba a sacar del país, para siempre... Tenía miedo de que no me dejaran.

Pero, lo más duro de todo fue decírselo a mi madre. La llamé desde el aeropuerto, cuando ya estaba con Mariama, a punto de embarcar.

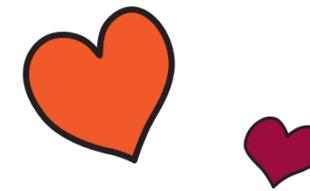
—Voy a regresar a España con mi hija— le dije, temblándome la voz.

Lo que ella me respondió fue muy doloroso... Me dijo que nunca nadie había hecho algo así, qué era eso de llevarse a la niña de esta forma...

Os lo aseguro, aún tengo en mi corazón lo que me dijo mi madre.



Aisatu y yo conseguimos librar a nuestra hija de la mutilación genital femenina, pero en el mundo hay tres millones de niñas cada año que la padecen. Doscientos millones de mujeres y niñas en todo el mundo continúan sufriendo sus consecuencias.



Es necesario que hagamos algo para cambiar esta situación.

Yo no tengo miedo de romper con las tradiciones. Y sé que la gente que sigue haciéndolo, está haciendo daño sin saber. Porque ¿Quién va a querer hacer daño a su hija? ¿O a su hijo? Nadie.

La gente tiene que entender que lo que le está haciendo a sus niñas es una herida para toda la vida, que incluso puede llevarlas a la muerte. Como le sucedió a mi hermana Fátima. Aún así, muchas personas siguen pensando que lo hacen por su bien.

¡No es así!

**¡Hacer el bien a nuestras hijas es evitar la mutilación genital!**





DECLARADA DE UTILIDAD PÚBLICA

Trabajamos por el bienestar de las familias

C/ Alberto Aguilera, 3, 1º izq. 28015 Madrid  
Tfnos: 91 446 31 62/50 | Fax: 91 445 90 24  
unaf@unaf.org | www.unaf.org  
**www.stopmutilacion.org**



Con la colaboración de:



**Obra Social "la Caixa"**